

Ecce homo, o sobre la síntesis de los contrarios en el ser

*¿Se comprende el Hamlet?
No la duda, la certeza es lo que vuelve loco.
Nietzsche, Ecce homo*

*Sergio Rafael Figallo Calzadilla
serfigall@hotmail.com*

Recibido el 7 de mayo de 2020

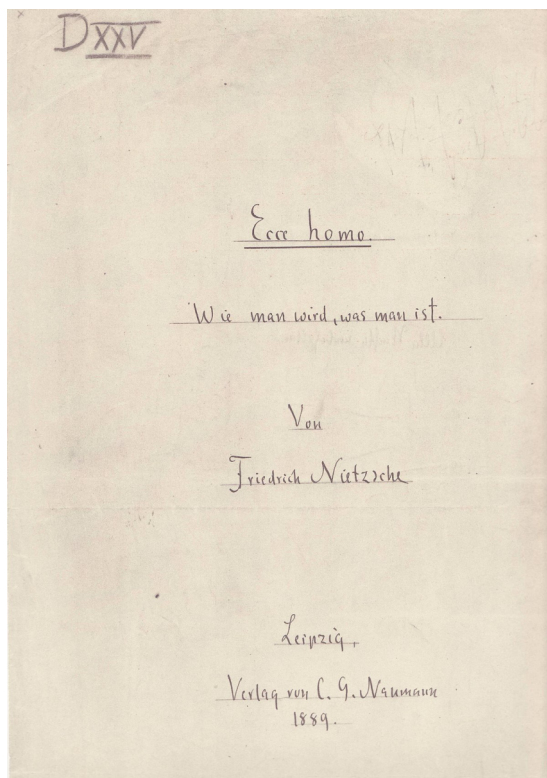
I

Roma es un desprendimiento de Atenas, es su continuidad histórica y lo que devendrá en Europa. Tendrán los mismos dioses, con distintas denominaciones, a excepción de Jano y sus dos rostros que será único (el inicio, la transición y el fin de las cosas, resultando de él Janeiro que deriva en enero, el principio del año, y January en su traslación al inglés). Y también un inmenso deseo por conquistar el mundo conocido tal como Alejandro y Julio César intentaron. El primero, discípulo de Aristóteles, se fijó en oriente. Llegó a la India. El segundo, Imperator durante la República romana, avanzó sobre occidente hasta Britania. Mientras aquél dejaba a los habitantes del territorio conquistado conservar su identidad cultural, Roma los hizo suyos y engulló. De ahí tantos vestigios arquitectónicos romanos en la geografía europea: acueductos, coliseos, puentes, arcos, anfiteatros, baños públicos. Tal su fiereza. Grecia, por su parte, nos encantó con su filosofía.

Cada vez que en el “viejo” continente procuran un nuevo criterio o interpretación, vuelven sobre sus raíces grecorromanas. Basta revisar el diccionario de la Real Academia Española, que rige nuestra lengua, para advertir recurrentemente: Del gr. (del griego) o Del lat. (del latín), sobre cada voz contenida en sus páginas. Y no otra cosa son las lenguas romances: rumano, francés, español, italiano, portugués, catalán o gallego, por citar algunas, todas derivadas del latín. O los complejos de Edipo y de Electra, acuñados respectivamente por Freud y Jung dentro del psicoanálisis, comportamientos hallados en los dramas griegos.

Dos serán los grandes dioses: Apolo y Dioniso, en la mitología griega, o Febo (aludido) y Baco, en la romana. Serán contrastantes: orden–desorden, estructura–desestructura o razón–emoción, por ejemplo. Contrastantes, escribo, y complementarios por extensión, sugiero e interpreto. Nietzsche, filósofo alemán del s. XIX, en buena medida concibe su obra filosófica sobre ellos siendo evidente en *El nacimiento de la tragedia*, o como reflejo en su abordaje sobre la moral en *Más allá del bien y el mal* y *La genealogía de la moral*. Igual, es el autor del libro que en tanto título convoca este artículo: *Ecce homo*.

El nacimiento de la tragedia pasó a formar parte de mi biblioteca personal a partir del año 1984, de la mano de dos extraordinarios musicólogos; a saber, Humberto Sagredo Araya y Juan Francisco Sans. Recuerdo sus disertaciones de manera vívida en torno a lo apolíneo y dionisiaco, que trasladábamos al ciclo circadiano o a la mente y el corazón. En sí, a la vida. Opuestos que se nutren sistemáticamente constituyendo una unidad de la cual se desprenden como movimiento por contraste. A la luz del pensamiento nietzscheano, los distintos periodos de la historia occidental que van del s. V al s. XIX, serán fieles a Apolo o Dioniso, según su momento.



Ecce homo. Wie man wird, was man ist [Cómo se llega a ser lo que se es]
Edición original en alemán (1889)

II

Toda pregunta tiene una respuesta. El asunto es encontrarla y esa la razón y sentido de la filosofía pues es lo que ha significado nuestra evolución y adecuación temporal. La respuesta es a la pregunta lo que el fondo a la forma: son indisociables. Una es inconcebible sin la otra. De hecho, puede la respuesta ser una anticipación como fenómeno o cosa ontológica y de ella derivar las interrogantes. Visto bien, ser sucesiva y reiteradamente homo faber y homo loquens, nos permitió alcanzar al homo sapiens.

Sucede algo parecido con la idea y la materia (realidad) o la eterna dicotomía entre Platón y Aristóteles, quienes abrieron los senderos reflexivos a través de los cuales hemos llegado al presente, transitados entre otros por Plotino, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, Feuerbach, Marx. De la misma forma, Nietzsche indagó en torno a la moral o sobre esas dos energías que pugnan en la Creación: caos y armonía; por proyección, a la vida, a la existencia (vida y

existencia en tanto sinónimos dado que todo aquello que existe vive y viceversa). Y no es una nimiedad: un trozo de piedra o madera no sólo existe, sino que, además, vive. No son entes inertes inclusive en el entendido de su constitución atómica.

Entonces, Nietzsche profundizó acerca de lo apolíneo y dionisiaco en nosotros, por el bien y el mal o más allá como tituló su libro. ¿Qué hay más allá? ¿El superhombre que trasciende al hombre, así como este último a su pariente (cercano – lejano) el mono, tal como cuestionó por intermedio de Zaratustra? ¿Homínidos? ¿Es la lucha del ser humano sobre la Tierra un enfrentamiento entre el bien y el mal? ¿Es esa la fuerza implícita que nos moviliza? ¿Inquirirnos sobre esas nociones? ¿Encontrarnos? ¿Transformarnos? ¿Realizarnos? ¿Hallar nuestra esencia intrínseca? ¿Ser? Y si “Dios ha muerto” como sentenció, ¿qué queda? ¿Qué hay detrás del telón de fondo de la vida? ¿Un espejo en el cual vemos nuestro reflejo? ¿Un nihil?

Es el mismo Nietzsche quien responde en *La voluntad del poderío*. No hay fuerza más espectacular que la voluntad. Fuerza en tanto es intangible e inasible pero evidente. Un estado potencial. Es el motor que nos incita a hacer y lograr. Quizá, *Me vieron cruzar de Calle 13, Multiviral* (2014), es Nietzsche revisitado: “Caí con todo el peso / pero si es fuerte la caída / más impresionante será mi regreso”.

III

Ahora, volvamos sobre lo apolíneo y dionisiaco. En un reduccionismo es el “ángel” y el “diablo” susurrando a los oídos, grácilmente imaginados e ilustrados por Walt Disney y la lucha encarnizada que se sucede al interior del alma. Es la esencia de la Creación relatada en casi todas las culturas: Sumeria, India, China, Hebraica, Islámica. Es también el Popol Vuh, el origen de las cosas, creatio ex nihilo. Sombras y luces. Un movimiento incesante que procura síntesis. De ahí que cada periodo de occidente será una síntesis contrastante; en consecuencia, revisión estética y filosófica que implica cambio. Como si la estética antecedería a la historia promoviendo los acontecimientos.

Los griegos concibieron patrones rítmicos: yambo, troqueo, dáctilo, anfibraco y anapesto, dados en la fluctuación natural de las palabras por oposiciones tensionales: tensión – distensión (en estas líneas y permítase la digresión, es la razón de origen según la cual Humberto Sagredo Araya consideró al Himno Nacional de Venezuela en una métrica 4/4, comenzando en anacrusis sobre el tercer tiempo, y no la habitual 2/4 basado en la intensidad: fuerte – débil - medio fuerte - débil del 4/4 y no fuerte – débil del 2/4). Así la vida, estimarían los helenos. No poco sentido tuvo entre ellos, aún al presente entre nosotros, la retórica, la oratoria, la elocuencia, el drama. O el Trivium y Quadrivium medieval que anteceden a las artes liberales.

Igual Nietzsche con lo apolíneo y dionisiaco, pero también Hegel con los tres momentos de su dialéctica: tesis, antítesis, síntesis, antelado dos milenios por Heráclito y el cambio como aquello únicamente permanente. Todo lo cual puede ser entendido en tanto reinterpretaciones sucesivas de la realidad, siendo y existiendo (ente y esencia) que, a partir de una materia primera se sucede en

segunda, donde la primera, lo que somos siendo, se transforma, pero permanece.

Entonces, en Nietzsche, el s. XIX, el romanticismo, su tiempo existencial, será dionisiaco. El tormento creador, el ímpetu incesante de la naturaleza que nos desborda; el sentimiento y la emoción -que no la razón- aquello que prima en el comportamiento y la comprensión de las cosas. Un espíritu que dentro de las formas procurará su ruptura. De hecho, algunos ven en Los miserables de Víctor Hugo, el presagio romántico. Somos tal cual: desarreglados y marcados por la personalidad. Almas libertarias que indagan y se interrogan, que cuestionan. La forma supeditada al fondo. Es el busto inquisitivo de Beethoven sobre un piano. Wagner, Schopenhauer o Schiller.

Pero, el s. XVIII, el Clásico, apolíneo. La forma prevalece, la estructura, el método. Mozart, Haydn, el enciclopedismo y también Kant. La llamada Ilustración. Es una vuelta al Renacimiento y los clásicos griegos. De ahí que el romanticismo será su antítesis posterior. El s. XVII, el Barroco, dionisiaco, precisamente donde el Romántico hallará su fuente de inspiración, su antecedente. Caravaggio, Leibniz, Bach.

Y el Renacimiento, s. XVI, apolíneo. Leonardo Da Vinci y Miguel Ángel sobre una Edad media dionisiaca, mística y religiosa, de la cual no me atrevo a afirmar su oscurantismo, pero sí su prolongación, ¡y mucha!: mil años. Sin perspectiva pictórica sino un mismo plano (un castillo tendrá las mismas dimensiones de una figura humana o un árbol), casi infantil. De voces que se distanciarán poco a poco: del canto gregoriano al organum paralelo y de este al melismático. De trovadores y doncellas. Mística.

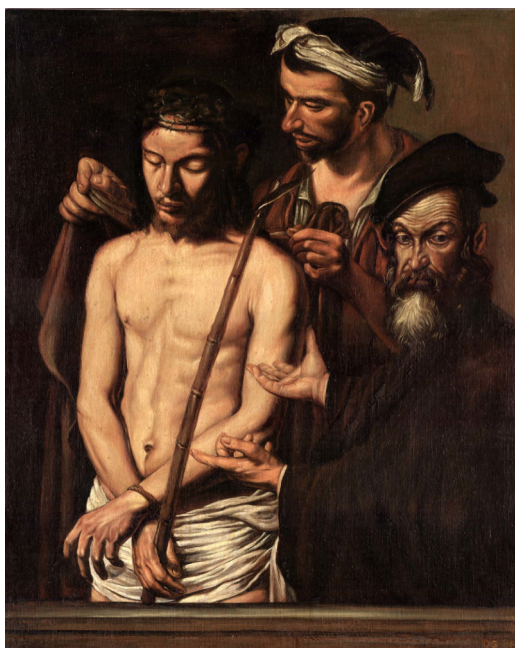
Luego, cada periodo será un epítome de su apogeo, clímax y declinación, de donde surgirá una nueva representación estética de la realidad que será también ideal. Los tres estadios dialécticos descritos en Hegel y citados.

IV

Cómo se llega a ser lo que se es

Todo momento histórico es una creación del hombre, definido este por la Real Academia Española, como: “Ser animado racional, varón o mujer”, acepción originaria derivada del latín homo, homínido, que después se ampliará, i.e., ecológico, holístico.

Cómo se llega a ser lo que se es, es el subtítulo que le asigna Nietzsche a *Ecce homo* [¡He aquí el hombre!]. Que valdría en pregunta: ¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos? pues es un tránsito individual -el hombre- en un contexto colectivo – hombres, sus pares-, plural e inclusivo. Sí, un contexto con su pretexto y texto existencial. Donde *Ecce homo* está tomado de la expresión de Poncio Pilato y recogida en el Evangelio de Juan (19:5): “Jesús entonces salió fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el Hombre!”.



Caravaggio, *Ecce Homo* (1604)

Quizá convenga para su entendimiento leer *Ecce homo* de modo invertido, es decir, del fin al principio, de la omega al alfa, de la metacrisis a la crisis, pues cierra con la cuestión fundamental: “Dioniso contra el crucificado”. Igual, Dioniso o Apolo. ¿Quién prevalecerá? ¿Cuál será la decisión individual? ¿Qué prima en nuestro interior, en la soledad del alma? Del sentido teleológico de las cosas como antelación recurrente en el ser.

Es interesante, grabé en mi memoria las palabras finales de la película *Hellboy* (2004), de Guillermo del Toro. Son las siguientes: “¿Qué es lo que hace hombre al hombre, sus orígenes, la forma en que llega al mundo? Yo creo que no, son las decisiones que toma. No es como empieza algo sino como decide acabarlo”. Luego, ¿cuál será nuestro último acto? ¿Cómo acabaremos las cosas ontológicamente? Quizá la forma como “acaban las cosas” es el fondo de cómo hemos vivido o llegado a ser.

Se me ocurren las siguientes preguntas, del mismo modo que Nietzsche para explicar su visión filosófica, o como noción mayéutica socrática y de construcción del pensamiento en Platón: ¿Qué es un zombi? ¿Cuál es su característica distintiva? He aquí mi posible respuesta: Es un ser sin voluntad que está sometido a los designios de quien lo “resucita” –controla-.

Entonces, ¿cómo vivimos en sociedad? ¿Ejercemos nuestra voluntad? ¿Cuánta conciencia hay en nuestros actos? ¿Cuánto arbitrio impera en ellos? ¿Somos “resucitados” por manipuladores –reguladores- sociales? ¿Quién prevalece en el desempeño humano, Dioniso o Apolo? Hay un comportamiento moral que induce a lo apolíneo en el ser, ¿un accionar “zombi” predeterminado? ¿Preconcebido como supone Nietzsche? ¿Inducido? ¿Somos capaces, motu proprio, de trascendernos en tanto hombres? ¿Más allá de Dioniso y Apolo? ¿Alcanzar al superhombre por medio de la voluntad?



Caravaggio, Baco (1595)

Así, ¿qué es el superhombre en Nietzsche? ¿El ser espiritual? ¿Un ser espiritual mientras contrapone a Dioniso y Jesús? Concluiré, y bien, que jamás los confrontó como tampoco sugirió la supremacía de una raza sobre otra, negó a los judíos o es la fuente inspiradora del nazismo. Entiéndase como un axioma, ¡nunca! Únicamente quiso apuntalar el carácter volitivo en el ser para trascenderse a sí mismo a partir de su esencia. La voluntad como fuerza intrínseca. Un reto a la naturaleza humana.

Otra cosa es su admiración por Wagner (de quien posteriormente se distanciará) y también la mía. Hay en el compositor alemán una elocuencia maravillosa, majestuosa, incitadora y estimuladora, que levantaría de su lecho de muerte al Rey de Tule descrito por Goethe en el Fausto. Basta escuchar Parsifal, Lohengrin o Tannhäuser, La Valquiria o Tristán e Isolda. Es el vitalismo.

V

Las palabras tienen su etimología. Inclusive, en oportunidades les podemos otorgar un sentido particular, de manera justificada, al conferido en el idioma. En la realización de mi tesis doctoral, intitulada: De la resiliencia a la eudaimonía a través de la estética, entendí a la estética como reinterpretaciones sucesivas de la realidad teniendo como antecedentes la impresión primera de los griegos en torno a lo bello y bueno, posteriormente ampliada por Baumgarten, en el s. XVIII, como reflexión sobre el arte.

Algo parecido ocurre con la voz corazón. Tal como coautor: que trabaja o coopera en conjunto, en este caso, con la razón. Luego, pensar desde el corazón. Será una síntesis de los contrarios.

Transcribiré cuatro frases pronunciadas en el devenir humano dadas en contextos y circunstancias distintas, pero unívocas de nuestra condición y relativas al corazón. La primera, del Evangelio de Mateo (15:11): “No lo que entra

en la boca contamina al hombre; más lo que sale de la boca, esto contamina al hombre. [...] Pero lo que sale de la boca proviene del corazón, y eso es lo que contamina al hombre”; la segunda, “Caras vemos, corazones no sabemos”, refrán popular; la tercera, “Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos”, de El Principito y, la última, “Se ven las caras, vaya, pero nunca el corazón”, de Plástico, canción de Blades-Colón, recogida en Siembra (1978).

Luego, ¿a dónde hemos llegado? ¿A alcanzar el corazón como arcano de la existencia que nos permite trascender el estado de cosas? ¿Qué retornamos por intermedio de él a nuestra esencia -Dios- tras un arduo tránsito discerniendo entre el bien y el mal hasta lograr el más allá?

En El Libro egipcio de los muertos (existe un tratado similar, pero en otra latitud, El libro tibetano de los muertos), hay un pasaje en el cual se describe simbólicamente lo precitado. Relata que al momento de la muerte será colocado en una balanza, sobre uno de sus brazos, nuestro corazón, y en el otro, una pluma de ave. Se esperaría una ligereza en el peso del corazón en correspondencia con la forma -y el fondo- del tiempo vivido. Una liviandad de espíritu.

VI

Ecce homo

¡He aquí el hombre!: Jesús. La declaración pronunciada por Pilato puede ser asumida como una simple expresión; en sí, ¡Helo aquí! El alcance está en cómo el Nazareno “acabó” su vida; ergo, ¡He aquí el Hombre! en todo su sentido existencial. ¿Es capaz dicha expresión de ser vinculada a otra implícita en la Biblia de modo transversal como “hombre de Dios” y esta a la noción de Nietzsche del superhombre? Estimo que sí, pero en un camino inverso. Tal como en las hipóstasis de Plotino: Uno, nous, alma, el sendero sugerido en la Biblia será descendente; en cambio, en Nietzsche, ascendente, es decir, del alma al Uno. O el camino de regreso en tanto miríadas desprendidas de Dios.

No poca es la incidencia de Jesús en el devenir de la humanidad: la notación musical occidental debe al Canto Gregoriano y a Guido de Arezzo, monje benedictino, buena correspondencia; la imprenta diseñada por Gutenberg tuvo como primera impresión la Biblia y con aquella la propagación del pensamiento; las universidades son una extensión de las escuelas catedralicias y monásticas católicas medievales: procura y consecución del conocimiento. Igual sucede con los villancicos y aguinaldos. Un conocimiento silencioso proyectado en el tiempo.

Entonces, Ecce homo es un viaje al interior del ser. Es la dualidad del alma frente a Dioniso y Apolo, una recensión de la Divina Comedia de Dante Alighieri. Destaca Nietzsche: “¡Tan extraños sois a lo grande en vuestra alma que el superhombre os resultará temible en su bondad!”. ¿No es esa extrañeza un reto al género homo en tanto categoría taxonómica? Hay en ella un rebelar necesario como planteamiento filosófico de vida y un revelar de nuestros rasgos de origen, de lo que potencialmente somos.

Pero, así es el texto del filósofo alemán, como la cita que encabeza este artículo: Hamlet, el personaje de Shakespeare, ha sido comprendido en las brumas de la duda en la clásica expresión: “Ser o no ser, esa es la cuestión”. Se

deriva de la lectura del drama, ¿duda o certidumbre? De ahí el asunto de *Ecce homo*. ¿Por qué hacemos de la certeza una duda? ¿Para evadir la realidad? ¿Suprimir nuestra voluntad?

VII

El espíritu discursivo de un autor no se encuentra en una sola obra; de hecho, está desarrollado con mayor o menor intensidad en toda ella. Me permito transcribir un fragmento extraído de *Humano, demasiado humano* de Nietzsche, editado por vez primera en 1878, que despeja cualquier duda sobre lo aquí descrito:

Mundo metafísico. - Es cierto que podría haber un mundo metafísico; apenas puede negarse la posibilidad absoluta de ello. Consideramos todas las cosas con nobleza de hombre y no podemos cortar esta cabeza; sin embargo, siempre queda la cuestión de saber lo que existiría aún del mundo sí, no obstante, fuese cortada” [...] “Aunque la existencia de un mundo semejante fuese de las mejor probadas, también quedaría establecido que su conocimiento es el más indiferente de todos los conocimientos; más indiferente aún de lo que es para el navegante en la tempestad el conocimiento del análisis químico del agua.

En un sentido ulterior, no hay idea sin realidad y viceversa lo cual será una síntesis de los contrarios. Puede la idea anteceder a la realidad como esta última sugerir a la primera. Expuesto lo anterior y aún por paradójico, la concepción de la realidad en Nietzsche es materialista y no idealista -metafísica-, si bien no niega la posibilidad de intuir la. Distinto a mi pensamiento, por ejemplo. Pero, igual que él, encuentro fascinante aceptar al otro reconociendo su existencia. Lo inquietante no es su factibilidad sino la manera como se aborda, en este caso, desde el miedo y la supresión de la voluntad en algo “más allá” que es aniquilante.

No de otra manera puedo estimar Así habló Zaratustra (ya en mis pensamientos suenan los primeros compases de la obra homónima de Richard Strauss ¡y que forman parte de nuestro imaginario!). Pero, ¿Zaratustra? ¿Un profeta del “idealismo” metafísico? ¿A través de él nos habla? ¿Y del superhombre? ¿Rehúsa la existencia de la metafísica para fijarnos en la realidad como “humano, demasiado humano”? ¿Para advertirnos del uso de la metafísica “religiosa” en menoscabo de la voluntad individual? Quizá en el fondo y difuminado en la forma Nietzsche sea idealista. O, ¿una síntesis de los contrarios?

VIII

Hubo una cuasi obsesión en Vincent van Gogh por autorretratarse. 1,2,3... 30 obras o más. ¿Qué se inquiría? ¿Qué indagaba? ¿Reconocerse? Una vez más, ¿un espejo como telón de fondo existencial? ¿Cómo fue su ser siendo? Algo interpretable hay en sus cartas: el reconocimiento de nuestra naturaleza humana.



Vincent van Gogh, Autorretrato (1887)

También manifiesto en el Ave verum corpus de Mozart, un reposo para el alma o fragmento de Cielo en la Tierra: nuestra naturaleza divina. Jesús, Ecce homo, o nosotros, homines:

Ave verum corpus, natum
[Salve, Verdadero Cuerpo nacido]
De Maria Virgine,
[de la Virgen María,]
Vere passum, immolatum
[verdaderamente atormentado, sacrificado]
In cruce pro homine,
[en la cruz por la humanidad,]
Cujus latus perforatum
[de cuyo costado perforado]
Unda fluxit et sanguine,
[fluyó agua y sangre;]
Esto nobis praegustatum
[Sé para nosotros un anticipo]
In mortis examine.
[en el trance de la muerte.]

IX

Preguntas finales

¿Podremos amar, realmente amar, más allá de las circunstancias? ¿La certidumbre que no la duda de amar? ¿Alcanzar como el superhombre el próximo nivel de comprensión de las cosas en la misma medida en que sinteticemos los contrarios, Apolo y Dioniso? ¿Ubicarnos en el más allá? Y, ¿qué es el más allá? ¿Un nihil? ¿Lo siempre y eternamente existente?

Así, será este escrito inconcluso y sólo resuelto con el postrer suspiro cuando atinemos nuestro sino, nuestro hado. Mientras, como sastres y siendo

tales, continuaremos hilando el traje de la vida. ¿Cómo será su acabado? ¿Cuál la delicadeza del bordado? ¿Cuál el talle final?

Ecce homo, luego, y por último, cómo se llega a ser lo que se es o sobre la síntesis de los contrarios en el ser.

Referencias

Blades, R. & Colón, W. (1978). *Siembra*. Fania Records.

Calle 13. (2014). *Multiviral*. El Abismo. SML.

De Saint-Exupéry, A. (2001). *El Principito*. Salamandra.

El libro egipcio de los muertos. (2011). Edaf, S.A.

Lawrence, G. & Del Toro, G. (2004). *Hellboy*. Columbia Pictures.

Nietzsche, F. (2011). *Ecce Homo*. Alianza Editorial, S.A.

Nietzsche, F. (2012). *El nacimiento de la tragedia*. Alianza Editorial, S.A.

Nietzsche, F. (1998). *Humano, demasiado humano*. Edaf, S.A.

Nietzsche, F. (1998). *La voluntad del poderío*. Edaf, S.A.

Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23^a ed.) Espasa.

Santa Biblia. (2016). San Pablo Comunicación.